

Octubre 2022

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 15



POSTRADO A TUS PIES
Quédate, Señor, conmigo...

REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO
Verdaderamente, Tú eres un Dios oculto

ALMAS EUCARÍSTICAS
«La Eucaristía es el centro de toda mi jornada...»

*“La Eucaristía es la plenitud del amor
de Dios al mundo”. (P. Rodrigo Molina)*



SUMARIO

- P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA
“Tengo Sed” 3

- POSTRADO A TUS PIES
Quédate, Señor, conmigo..... 4

- DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR
Dolor de los pecados..... 5

- EVANGELIO, PAN DE VIDA
“Yo siempre hago lo que es de su agrado” 6

- REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO
Verdaderamente, Tú eres un Dios oculto... 8

- MARÍA Y LA EUCARISTÍA
El Don de María por excelencia..... 10

- ALMAS EUCARÍSTICAS
“La Eucaristía es el centro de mi jornada” 12

- MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS
¡Ahí viene Cristo, dile que te cure!..... 14



“Tengo sed...”

«**T**engo sed...». ¡Qué palabras tan sugestivas!... «Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado por los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume y no hallo a nadie que se esfuerce según mi deseo en apagármela correspondiendo de alguna manera a mi amor». (Jesús a Santa Margarita María de Alacoque)

A Santa Faustina el Señor le hacía estas confidencias: «Mi gran deleite es unirme con las almas. Has de saber, hija mía, que cuando llego a un corazón humano en la Santa Comunión, tengo las manos llenas de toda clase de gracias y deseo dárselas al alma, pero las almas ni siquiera me prestan atención, me dejan solo y se ocupan de otras cosas. Oh, qué triste es para Mí que las almas no reconozcan al Amor. Me tratan como una cosa muerta».

El amor que manifiesta el Señor a sus criaturas es la causa de que se haya quedado entre nosotros, en este mundo, bajo el velo eucarístico. El P. Molina, considerando el misterio del amor de Cristo que pone sus delicias en estar entre los hijos de los hombres, escribía:

«El Corazón de Jesús Sacramentado es lección perfecta para atraer nuestra atención de modo extraordinario y singular hacia el amor: centro de vida de Dios. El corazón es el que jamás se queda indiferente, el que vibra, el que matiza.

Dios es amor, puro e infinito amor. En consecuencia, su tendencia es a entregarse a ti hasta perderse en ti.

La fundación de la Iglesia en favor de los hombres nace cuando Jesús, ejerciendo su poder omnipotente de “dar su vida para

volver a tomarla” (Jn 10, 18) se entrega a sus amigos en forma de pan y vino, en forma del comer su carne y beber su sangre para, nutriéndolos así con su propia substancia (es decir, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad), convertirlos en Dios por participación, hacerlos unidad con Dios.

Este fundar la Iglesia mediante este acto de entrega, fruto de su amor que llega hasta el fin, es de una lógica aplastante en orden a convencernos de la fiabilidad total y absoluta de Dios.

La Eucaristía es la plenitud del amor de Dios Uno-Trino al mundo, de un amor desbordante, de entrega personal, concreta, de un amor omnipotente de invencible eficiencia. La Eucaristía es esa autodonación del Dios Uno-Trino al hombre hecha realización visible y tangible».

ORACIÓN DE SAN PÍO DE PIETRELCINA

Quédate, Señor, conmigo...

San Pío de Pietrelcina creía de todo corazón que Jesús se hacía realmente presente, en cuerpo, sangre, alma y divinidad, durante la celebración de la Santa Misa. Compuso una oración que rezaba después de recibir la Sagrada Comunión y que es reflejo de su firme fe en la Sagrada Eucaristía y de su deseo de que Jesús permaneciera siempre en su corazón:

«Quédate, Señor, conmigo, pues soy débil y necesito tu fuerza para no caer muchas veces.

Quédate, Señor, conmigo porque eres mi luz y sin ti estoy en tinieblas.

Quédate, Señor, conmigo porque eres mi vida y sin ti pierdo el fervor.

Quédate, Señor, conmigo para darme a conocer tu voluntad.

Quédate, Señor, conmigo para que oiga tu voz y te siga.

Quédate, Señor, conmigo, pues deseo amarte mucho y estar siempre en tu compañía.

Quédate, Señor, conmigo si quieres que siempre te sea fiel.

Quédate, Señor, conmigo porque, por más pobre que sea mi alma, desea ser para ti un lugar de consuelo y un nido de amor.

Quédate, Jesús, conmigo, pues es tarde y el día se acaba... La vida pasa; la muerte, el juicio y la eternidad se acercan y es necesario recuperar mis fuerzas para no demorarme en el camino. Y para ello te necesito. Ya es tarde y la muerte se acerca. Temo la oscuridad, las tentaciones, la aridez, la cruz, los sufrimientos... ¡Yy te ne-

cesito mucho, Jesús mío, en esta noche de exilio!

Quédate, Jesús, conmigo porque en esta noche de la vida, de peligros, necesito de ti.

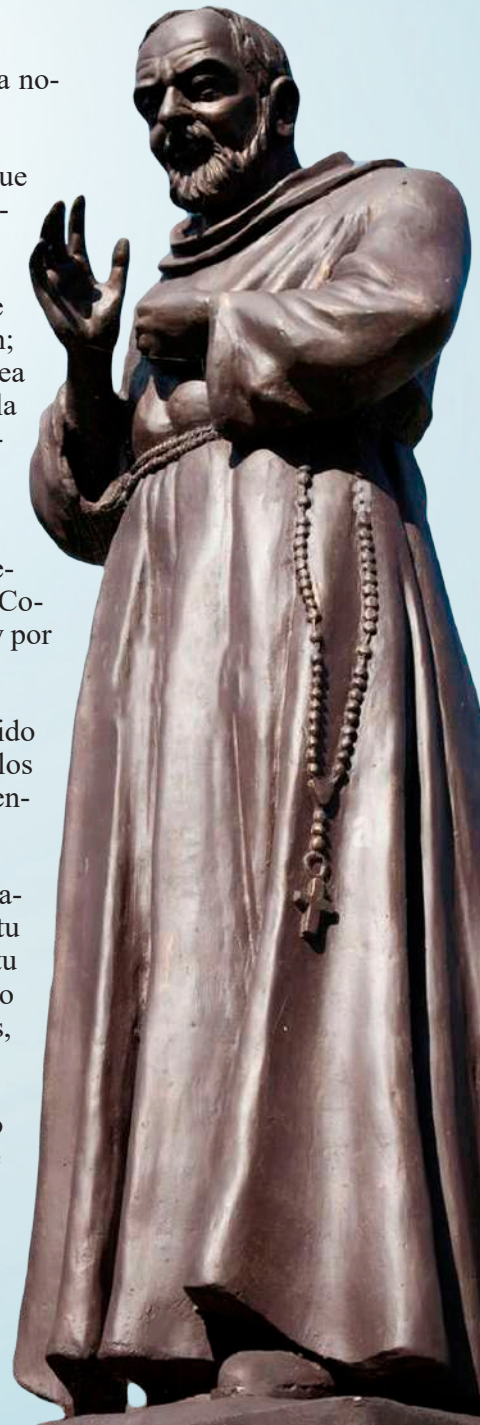
Haz que, como tus discípulos, te reconozca en la fracción del pan; que la comunión eucarística sea la luz que disipe las tinieblas, la fuerza que me sustenta y la única alegría de mi corazón.

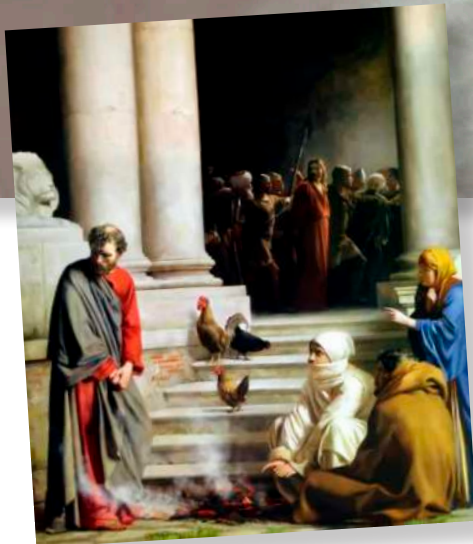
Quédate, Señor, conmigo porque en la hora de la muerte quiero estar unido a ti; si no por la Comunión, al menos por la gracia y por el amor.

Quédate, Jesús, conmigo; no pido consuelos divinos porque no los merezco, sino el don de tu presencia, ¡ah, sí, te lo pido!

Quédate, Señor, conmigo; solamente a ti te busco; tu amor, tu gracia, tu voluntad, tu corazón, tu espíritu, porque te amo y no pido otra recompensa sino amarte más, con un amor firme y práctico.

Haz que pueda amarte de todo corazón en la tierra para seguirte amando perfectamente por toda la eternidad, querido Jesús».





Disposiciones para confesarnos bien (II)

DOLOR DE LOS PECADOS

Es muy importante que, en nuestra devoción a la Santísima Eucaristía, no olvidemos recibir con frecuencia el sacramento de la reconciliación. Ambos están unidos.

Y recordemos que, para confesarnos bien, son necesarias cinco cosas: 1) Examen de conciencia; 2) dolor de los pecados; 3) propósito de enmienda; 4) decir todos los pecados al confesor; 5) cumplir la penitencia.

Son cinco pasos que damos para poder recibir el gran abrazo de amor que Dios, nuestro Padre, nos quiere dar con este sacramento. Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta solo que abramos el corazón.

Explicamos a continuación el segundo de estos cinco pasos que ayudará para vivir en toda su grandeza este sacramento de la misericordia de Dios.

Hay dos tipos de dolor de los pecados: uno perfecto que llamamos “contrición” y otro menos perfecto denominado “atrición”. La contrición perfecta es un dolor o pesar

de haber ofendido a Dios por ser quien es, esto es, por ser sumamente bueno, con propósito de confesarse, enmendarse y cumplir la penitencia. La atrición también es un dolor o pesar de haber ofendido a Dios, pero su motivo es la fealdad del pecado, o el temor del infierno, o el haber perdido la gloria, también con propósito de confesarse. Para confesarse bien, basta el dolor de atrición; pero, si podemos lograr el de contrición, es mucho más grato a Dios.

El dolor de los pecados incluye la resolución de no volver a pecar. Es un don de Dios: por eso, si te parece que aún estás apegado al pecado —por ejemplo, no te ves con fuerzas de abandonar un vicio, perdonar a una persona o enmendar un daño causado—, pídele a Él que obre en tu corazón para que rechaces el mal.

A veces, el arrepentimiento llega con un sentimiento intenso de dolor o vergüenza que nos ayuda a enmendar-

nos. Sin embargo, no es indispensable sentir ese tipo de dolor: lo importante es comprender que hemos obrado mal, tener deseos de mejorar como cristianos y hacer el propósito de no volver a cometer esas faltas.

«La contrición —explica el Papa Francisco— es el pórtico del arrepentimiento. Es esa senda privilegiada que lleva al corazón de Dios, que nos acoge y nos ofrece otra oportunidad, siempre que nos abramos a la verdad de la penitencia y nos dejemos transformar por su misericordia».

Existen varias oraciones que sirven para manifestar la contrición, por ejemplo, la siguiente:

«Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todos mis pecados y los aborrezco porque al pecar, no solo merezco las penas que causan, sino que principalmente te ofendo a ti, sumo Bien y digno de amor por encima de todas las cosas. Por eso propongo firmemente, con ayuda de tu gracia, no pecar más en adelante y huir de toda ocasión de pecado. Amén».



“Yo hago siempre lo que es de su agrado...”

No busques hacer tu voluntad en todas las cosas, sino hacer siempre y en cada momento la voluntad de tu Padre Dios. Él, que te ama infinitamente, que vela por ti día y noche en la Eucaristía, no permitirá que nada te dañe... Renuncia a tu propia voluntad, niégate a ti mismo, toma la cruz de Jesús y síguelo, cumpliendo como Él la voluntad del Padre que está en los cielos. Y, puedes estar cierto, hallarás ya el cielo en la tierra.

La gran lección de Jesús, su mensaje central, es la relación de amor con el Padre. Él nos ha mostrado a Dios como Padre y nos ha regalado, en el Espíritu, la filiación divina.

Somos hijos de Dios por adopción, como Él lo es por naturaleza. Pero cuando Jesús nos quiere mostrar al Padre, no lo hace solo con palabras, sino con su vida. Por eso podrá decir a Felipe, cuando le pide que le muestre al Padre: *“¿Tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conocéis? Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre”*.

Y esta es la conducta de Jesús con su Padre celestial: cumplir su voluntad. Dejarse conducir por el Espíritu para no hacer su voluntad sino *“la de Aquél que le ha enviado”*.

Nosotros, enviados por Jesús, como Jesús es enviado por el Padre, hemos de vivir su vida y, por tanto, seguirle con fidelidad en este cumplimiento de la voluntad de Dios. Para esto es el sacramento de la Eucaristía. Nos da la fuerza para seguir adelante y hacer siempre lo que le agrada a nuestro Padre Dios.

La Madre María Luisa de Jesús y del Corazón Inmaculado, en su hermoso libro “Darse”, nos propone una reflexión acerca de cumplir con fidelidad la voluntad de Dios. Nos dice:

«La fidelidad en cumplir la voluntad de Dios podría definirse como: “el amor en detalles”. Es el viento que va empujando al alma según los gustos de Dios. Es el heroísmo diario, ejecutado con sencillez. El amor actuando al ritmo de la conciencia.

La mayor gracia que Dios puede conceder a un alma –decía el santo Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales– no es darle mucho, sino pedirle mucho.

Y se trata de una total perfección en el cumplimiento de su voluntad, no solo de una perfección a medias. Santidad de plenitud, no una santidad simplemente de estado de gracia.

¡Vamos, vamos hacia lo más alto del amor! Hay corazones sobre los que Dios está siempre inclinado pidiéndoles algo... Y ellos no tienen más respuesta que un “sí” eterno arrancado con todas sus fuerzas y a cualquier hora del día o de la noche, ahí tendremos ya la fidelidad. A veces ese “sí” hacer hace arrancar lágrimas.

¿No recordamos que el Corazón purísimo de Jesús reprochó a Santa Margarita el haberse detenido un momento en un afecto demasiado humano hacia una de sus hermanas?

¿Y que a Santa Gema no le toleró ni la posesión de un diente de San Gabriel de la Dolorosa que, como reliquia de oro, guardaba ella?

Aquella alma toda pureza, que no había conocido jamás un solo pecado venial deliberado, escribía a su director espiritual: “Padre, ¿en qué cosas se fija Jesús!”.

Porque las exigencias de Dios para con cada alma son muy distintas y variadas. Los santos estaban muy acostumbrados a decirle al Señor, más que con su palabra, con su actitud: “¡Señor, hágase en mí lo que Tú quieras! ¡Lo que quieras Tú... Lo que quieras Tú... ¡Lo que quieras Tú...!”.

Él pide sacrificios que dejan el corazón destrozado y pequeñeces que se pierden de vista. ¡Y lo quiere todo! Sin dejar lo grande por difícil o lo pequeño por sencillo.

De la fidelidad depende la santidad. Un día reveló el Señor a María Ángela del Niño Jesús que la correspondencia a un sacrificio determinado era, a veces, el punto de partida a un alto grado de unión...

Sí, hay que dar el fiat sin cuartear. No consientas boquetes ni taladros en el amor. Cada infidelidad en el cumplimiento de la voluntad de Dios es una brecha que abres en el muro de tu santidad.

Sobre cada oscuridad de tu vida, cabalga conjuntamente un rayito de sol. Cada prueba es una sorpresa de eternidad que Él te prepara.

Cuando Él pide, Señor absoluto de la vida y de la muerte, cuando Él pide se soporte con tanto silencio y con tanto abandono, no pide imposibles».



Madre María Luisa de Jesús y del Corazón Inmaculado, Fundadora del Instituto Religioso de Vida Contemplativa “Obra de Amor” y autora de varios libros de espiritualidad.

“

SI ALGUNO QUIERE VENIR EN POS DE MÍ, NIÉGUESE A SÍ MISMO, TOME SU CRUZ Y SÍGAME.

PORQUE QUIEN QUIERA SALVAR SU VIDA, LA PERDERÁ, PERO QUIEN PIERDA SU VIDA POR MÍ, LA ENCONTRARÁ.

”

(MT. 16, 24-25)

“VERDADERAMENTE,
TÚ ERES UN
Dios
OCULTO...”

La presencia es una necesidad del amor; y el Maestro, que había dejado a los suyos el supremo mandamiento del amor, no podía sustraerse a esta característica de la verdadera amistad: el deseo de estar juntos.



Para realizar este vivir con nosotros, a la espera del Cielo, se quedó en nuestros Sagrarios. Así hizo posibles aquellas vivas recomendaciones antes de su partida: “Permaneced en Mí y Yo en vosotros”. “En adelante ya no os llamaré siervos”. “Yo os digo: vosotros sois mis amigos”. “Permaneced en mi amor”.

Nos dice el P. Francisco Fernández Carvajal en su libro “Hablar con Dios”:

«Te adoro con devoción, Dios escondido, que estás verdaderamente oculto bajo estas apariencias.

A ti se somete mi corazón por completo y se rinde totalmente al contemplarte”.

Así comienza el himno que escribió Santo Tomás para la fiesta del Corpus Christi y que ha servido a tantos fieles para meditar y expresar su fe y su amor a la Sagrada Eucaristía.

Te adoro con devoción, Dios escondido... “Verdaderamente, Tú eres un Dios oculto”, había proclamado ya el Profeta Isaías. Pero llegó un momento en la historia de la humanidad en que Dios decidió revelarnos su ser más íntimo. Es más, quiso en su bondad habitar entre nosotros, plantar su tienda en medio de los hombres y se encarnó en el seno purísimo de María.

Vino a la tierra y permaneció oculto para la mayoría de las personas que estaban preocupadas de otras cosas.

Le conocieron algunos que poseían un corazón sencillo y una mirada vigilante para lo divino: María, José, los pastores, los Magos, Ana, Simeón... Este anciano había esperado toda su vida la llegada del Mesías anunciado y pudo exclamar ante Jesús Niño: “Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo según tu palabra: porque mis ojos han visto a tu Salvador...”. ¡Si nosotros pudiéramos decir lo mismo al acercarnos al Sagrario!

Y después, en la vida pública, a pesar de los milagros en que Jesús manifestaba su poder divino, muchos no supieron descubrirlo. En otras ocasiones es el mismo Señor el que se esconde y manda a quienes Él mismo ha curado que no le descubran que los ha curado.

En Getsemaní y en la Pasión parecía oculta completamente la divinidad a los ojos de los hombres. En la Cruz, la Virgen sabía con certeza que Aquél que moría era Jesús, Dios hecho hombre. Y a los ojos de muchos moría como un malhechor.

En la Sagrada Eucaristía, bajo las apariencias de pan y de vino, Jesús se vuelve

a ocultar para que le descubran nuestra fe y nuestro amor. A Él le decimos en nuestra oración: Señor, que nos haces participar del milagro de la Eucaristía, te pedimos que no te escondas, que esté siempre claro tu rostro a nuestros ojos; que vivas con nosotros porque sin Ti nuestra vida no tiene sentido; que te veamos con los ojos purificados en el sacramento de la Penitencia; que te toquemos como aquella mujer que se atrevió a tocar la orla de tu vestido y quedó curada; que te sintamos, sin querer nunca acostumbrarnos al milagro; que queramos estar siempre junto a Ti que es el único lugar en el que somos felices plenamente; que seas el Rey de nuestras vidas y de nuestros trabajos porque te lo hemos dado todo.

Una amistad profunda con Jesús ha ido creciendo en tantas Comuniones en las que Cristo nos ha visitado; y en tantas ocasiones como en las que nosotros hemos ido a verle al Sagrario.

Allí, oculto a los sentidos, pero tan claro a nuestra fe, Él nos esperaba; a sus pies hemos afirmado nuestros mejores ideales y en Él hemos abandonado las preocupaciones, lo que en alguna ocasión nos podía agobiar... El Amigo comprende bien al amigo. Allí, en la fuente, hemos ido a

beber el modo de practicar las virtudes. Y hemos procurado que su fortaleza sea nuestra fortaleza; y su visión del mundo y de las personas, la nuestra... ¡Si algún día pudiéramos decir también nosotros, como San Pablo: “Ya no soy yo quien vive, sino Cristo en mí”...!

Cuando vamos a ver a Jesús, oculto en el Sagrario, se anulan las distancias y hasta el tiempo pierde sus límites ante esta Presencia que es vida eterna, semilla de resurrección y pregustación del gozo celestial.

Es ahí donde la vida del cristiano irradia la vida de Jesús: en medio del trabajo, en su sonrisa habitual, en el modo como lleva las contrariedades y los dolores, el cristiano refleja a Cristo. Él, que permanece en el Sagrario, se manifiesta y se hace presente a los hombres en la vida corriente del cristiano».

No está oculto Jesús. Nosotros lo vemos cada día, lo recibimos, lo amamos, lo visitamos... ¡Qué clara y diáfana es su Presencia cuando le contemplamos con una mirada limpia, llena de fe!

Pensemos en cómo vamos a comulgar, quizá iremos dentro de pocos minutos o de algunas horas, y pidamos a Dios Padre, nuestro Padre, que aumente la fe y el amor de nuestro corazón.

Cuando vamos a ver a Jesús oculto en el Sagrario, se anulan las distancias y hasta el tiempo pierde sus límites ante esta Presencia que es vida eterna, semilla de resurrección y pregustación del gozo celestial.

El don de

DE UNA
MEDITACIÓN
DEL PADRE
ILDEFONSO
RODRÍGUEZ
VILLAR

María por excelencia

La fe de los cristianos en la Eucaristía puede sufrir los asaltos de la duda, más aún en estos tiempos cuando se percibe la ignorancia de tantos, la indiferencia de muchos e, incluso, los malos tratos que el Señor eucarístico recibe en su propia casa. En cualquier caso, cuando la dimensión de oscuridad del misterio parece prevalecer sobre su luminosidad, contamos con la mediación de Santa María cuya vida, tan estrechamente unida a la Eucaristía, es un ejemplo de fe para todos.

Nos dice el P. Ildefonso Rodríguez Villar:

«La Eucaristía es el don de María por excelencia.

El hombre tiene necesidad absoluta de Dios por un instinto natural. Busca a Dios y, cuando no lo encuentra, se lo fabrica con sus manos, como hacen los paganos con sus ídolos. Dios nos concedió a nosotros la gracia de satisfacer

esta necesidad, primero, por medio de la Encarnación y luego, por la Eucaristía.

Bajó del cielo a la tierra a hacerse uno como nosotros y así poderle ver, conocer y amar. Y quiso humillarse hasta el punto de que pudiéramos tocarle, comerle y alimentarnos de Él.

Y esto no unos días o una temporada, sino siempre.

Por la Encarnación, tomó un cuerpo humano y vivió entre los hombres, pero muy poco tiempo. Solo vivió en Palestina y unos treintaitrés años.

La Eucaristía es una Encarnación continuada, es la aplicación práctica de la Encarnación a todos y cada uno de los hombres, es el modo que Dios tiene de satisfacer la necesidad que todos tenemos de Él.



Este don de la Encarnación nos lo dio el Padre Eterno por medio de María.

Jesús se encarnó y nació por María. Ella fue la que dio al mundo a Jesús. Luego, si la Eucaristía es la continuación de la Encarnación, es bien claro que es la continuación del don de María. Ella continúa dándonos diariamente a Jesús como un día nos lo dio en el portal de Belén.

Adán nos perdió por comer el fruto que le dio la mujer. “La mujer que me diste por compañera me ha dado el fruto y he comido”. Así pecó Adán.

Nosotros podemos decir lo mismo: “Señor, la mujer que nos has dado por Madre nos ha dado y nos está dando el fruto bendito de su seno y por eso vivimos; de Él nos alimentamos”.

Se puede llamar a la Eucaristía el sacramento de María. La carne de Cristo—dice Santo Tomás—no es más que la carne virginal de María.

Ella es la que facilitó la materia divina de este sacramento. La Virgen, con su Fiat, trajo al Hijo de Dios del seno del Padre al suyo inmaculado. El sacerdote, en la consagración, repite un milagro semejante y a sus manos baja el mismo Hijo de Dios, pero ya hecho Hijo de María. Las palabras del sacerdote son como una repetición de las de María. El prodigio que ellas obran es como el prodigio y la continuación de las maravillas de Nazaret. La Eucaristía es una continuación de la obra de María.

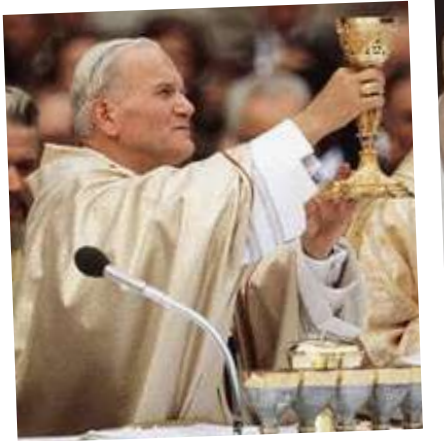
Esta obra consistió en amar y adorar a su Jesús como a su Hijo y como a su Dios.

Jesús se hizo hombre para darnos a conocer el amor de Dios y amarle. María le amó con toda intensidad. En la Eucaristía, Jesús se hace pan y alimento de los hombres para buscar nuestro amor. Se anonadó al hacerse hombre. Y se anonada al hacerse pan. Al amar a Jesús en la Eucaristía estás continuando la obra de amor que María comenzó en Belén. Ahora, como entonces, la mayor parte de los hombres no le conocen, ni le aman, ni le agradecen lo que por ellos hace. Ahora también, como entonces, hace falta quien supla esa enorme falta de amor. Entonces fue María; ahora debes ser tú, con Ella y a imitación de Ella.

Jesús, ni en su vida privada, ni en la pública, y menos aún en la Pasión y muerte, recibió los honores divinos a que tenía derecho y la Virgen sufriría por eso. La Eucaristía es la que puede consolar a la Santísima Virgen; aquí puede Jesús ser honrado en aquel cuerpo, en aquella misma carne y sangre que tomó de María.

Si no es cierto que María comulgara en el día de la Última Cena, no se puede dudar de que, al menos, muchas veces después comulgaría de manos de San Juan. ¡Con qué gusto entraría Jesús en el alma de María! Si ya antes había elegido Él su seno para encarnarse, ¿cómo no elegir ahora su corazón para morar en Él?».

Imitemos el fervor de Nuestra Señora y comulguemos en su compañía.



“LA EUCARISTÍA ES EL CENTRO DE TODA MI JORNADA” *San Juan Pablo II*

“**L**a Eucaristía es el centro de toda mi jornada” afirmó en varias ocasiones San Juan Pablo II y con ello nos ha dejado un precioso testimonio de su importancia para la Iglesia y para la vida personal de cada uno. El Papa vivió realmente de la Eucaristía. De ella extrajo la fuerza para vivir esos casi veintisiete años de Pontificado, para recorrer incansablemente el mundo hasta el último confín de la tierra, para anunciar sin miedo la verdad de Dios aun en sitios donde esa verdad estaba en contraste con lo que piensan y buscan los hombres. De ella ha sacado la fuerza para entregarse hasta desgastarse.

Karol Józef Wojtyła nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Fue el más pequeño de los tres hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Desde entonces el pequeño se acostumbró a rezar diariamente junto a la imagen de Nuestra Se-

ñora. Más tarde también morirían su hermano mayor Edmund en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941. Su hermana Olga murió antes de que naciera él.

Karol fue bautizado el 20 de junio de 1920 en la Iglesia parroquial de Wadowice. A los nueve años hizo la Primera

Comunión y a los dieciocho recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia. Pero cuando en 1939 las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

Sintió la llamada de Dios y a partir de 1942 siguió las clases de formación en el Seminario Clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del clandestino “Teatro Rapsódico”. Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el Seminario Mayor de Cracovia y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica. Fue ordenado sacerdote en Cracovia el 1 de noviembre de 1946 por el Arzobispo Sapieha.

Fue enviado a Roma donde se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período ejerció el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

Ascendió por los grados de la jerarquía eclesiástica: el 4 de julio de 1958 fue nombra-

do por Pío XII Obispo titular de Olmi y Auxiliar de Cracovia. El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967. Participó activamente en el Concilio Vaticano II, con una contribución importante en la elaboración de la Constitución *Gaudium et spes*. Fue elegido Papa el 16 de octubre de 1978. Tomó el nombre de Juan Pablo II. Su pontificado duró casi veintisiete años. Ha sido uno de los más largos de la historia de la Iglesia.

San Juan Pablo II siempre tuvo una devoción tierna a la Virgen María, pero durante este período, ésta se hizo más profunda. Era frecuente verlo rezar devotamente el Santo Rosario en los momentos de pausa, en sus viajes en el papamóvil, en los encuentros con jóvenes y en los momentos de recogimientos delante del Santísimo Sacramento o de una imagen de Nuestra Señora. Sus innumerables e importantes actividades nunca fueron obstáculo para dejarlo. Nunca dejó de practicar los primeros sábados de mes, conforme al pedido de Nuestra Señora de Fátima.

Mons. Magee, quien fuera su primer ceremoniero, lo describe como *“un verdadero hombre de fe... Se le notaba que estaba siempre en presencia de Dios, la oración le venía espontáneamente a la boca. Su amor al Salvador era evidente. Por ejemplo, desde el principio del pontificado yo personalmente lo encontraba con frecuencia postrado por tierra ante el Tabernáculo o en su despacho, y lo mismo todas las noches durante sus viajes apostólicos... Manifestó un profundo amor por el Señor. Su modo de orar, su modo de hablar, su modo de vivir cada momento manifestaban su amor profundo y habitual a Jesús”*.

La consecuencia de su vida de fe y oración, de su amor al Señor y a su Madre Santísima fue la caridad. Además, San Juan Pablo II ejerció su ministerio petrino con incansable espíritu misionero, movido por el amor a toda la humanidad.

El 13 de mayo de 1981 recibió un disparo en la Plaza San Pedro de Roma por parte del turco Ali Agca. Su Santidad quiso demostrar su gratitud a Nuestra Señora de Fátima por el hecho de haber sobrevivido al atentado y quiso visitar ese lugar bendecido con las apariciones de Nuestra Señora. En esa visita, el 12 de mayo de 1982, en Fátima, Portugal, un sacerdote cismático trató de apuñalarlo con un cuchillo pero fue detenido. Se conoce un atentado más: el de terroristas musulmanes que intentaron explotar el avión donde el Papa viajaba durante su visita a Filipinas. Autoridades filipinas frustraron el plan elaborado.

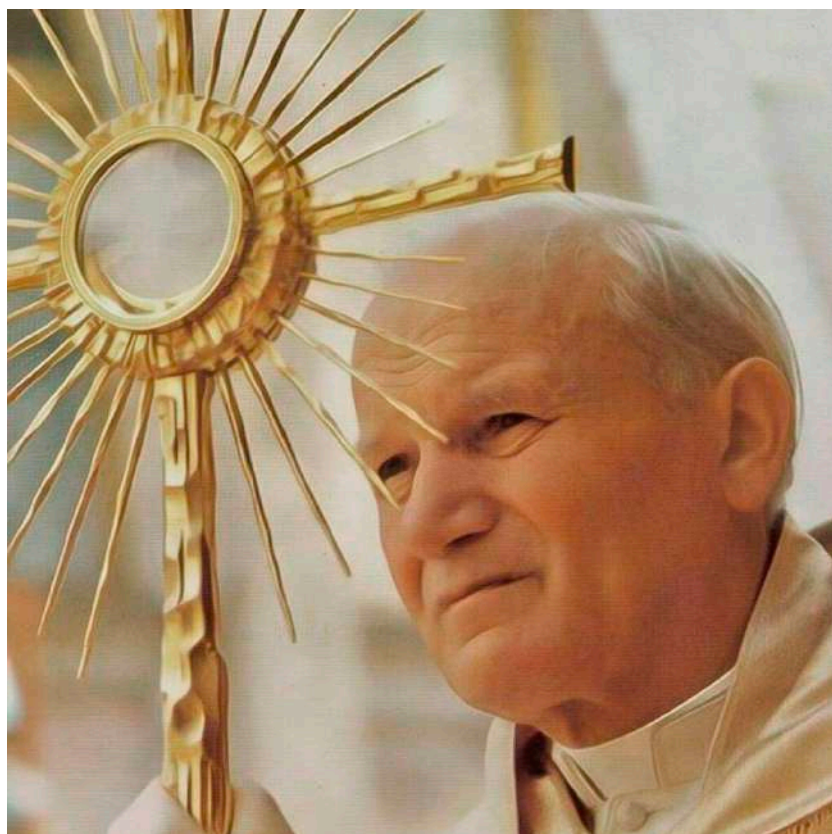
Su amor a los jóvenes le impulsó a iniciar en 1985 las Jorna-

das Mundiales de la Juventud en las que reunió a millones de jóvenes de todo el mundo. Su atención hacia la familia se puso de manifiesto con los encuentros mundiales de las familias, inaugurados por él en 1994. Juan Pablo II promovió el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándolos en varias ocasiones a encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís.

Con el Año de la Redención, el Año Mariano y el Año de la Eucaristía, promovió la renovación espiritual de la Iglesia.

San Juan Pablo II falleció el 2 de abril de 2005. El Papa Benedicto XVI lo beatificó el 1 de mayo de 2011. El Santo Padre Francisco lo canonizó, junto a Juan XXIII, el 27 de abril del 2014.

San Juan Pablo II fue el Papa enamorado de la Santísima Eucaristía y de la Virgen María. El Papa de la presencia continua del Señor, de la mano de María.



¡AHÍ VIENE *Cristo,* DILE QUE TE CURE!

Lo contaba un médico militar que no pasaría de los treinta años. Era apuesto, inteligente, simpático y, sobre todo, fervoroso católico. Hablaba una vez con un sacerdote que le inspiraba mucha confianza y le decía:

— Al principio de mi vida de militar me destinaron a Melilla. ¡Qué feliz era yo entonces con mis soldados, con mi capellán y con mi comunión diaria! Pero vine a Madrid. Yo no sé lo que tienen las populosas ciudades. Yo no sé lo que tiene Madrid..., me dispó, me fascinó, me cegó, me cloroformó. Y me olvidé de mis soldados, de mi capellán y de mi comunión diaria.

— Pero ahora -exclamó el sacerdote- he visto que comulga todos los días.

— Y no permita Dios que lo deje jamás. ¿Y sabe usted quién me convirtió?

— ¿Quién?

— Se lo voy a contar, un soldado. Ya verá...



«Estaba pasando por entonces unos días en un pueblo de tierras de Rioja.

Una mañana vinieron a buscarme con urgencia para que fuera a visitar a una joven que estaba enferma. No tenía la muchacha ni padre ni madre. Eran solo dos hermanos y se querían mucho.

Pero el hermano tuvo que abandonarla para ir a Melilla. Por allí andaba entonces, cuando recibió un telegrama que le anunciaba que su hermana se hallaba gravemente enferma. El pobre muchacho corrió de Capitán en Capitán, de Coronel en Coronel, de General en General... y a todos decía lo mismo:

— Déjenme volver a mi pueblo a ver a mi hermana antes de que se muera. Y cuando vuelva, póngame en primera fila. Quiero morir porque no tengo ya a nadie más en mi vida.

Corrí a ver a la enfermita. Tenía un tifus que la abrasaba. La hallé muy mal. No di casi ninguna

esperanza de vida. Por eso mandé que la prepararan para que recibiera los últimos sacramentos. Los habitantes del pueblo estaban aterrados y me suplicaban si podía diferir algún día el viático por si llegaba su hermano que estaba en África.

Pero la muerte de la muchacha era inminente así que mandé que se le administraran los sacramentos aquella misma tarde.

A las cinco y media de la tarde las campanas tocaban a viático y de la parroquia salía una procesión grave. Triste, silenciosa, interminable. Era el Dios de los moribundo que iba a recoger el alma de aquella muchacha antes que cumpliera los veinte años, que así se desvanece la vida, como una espuma, como la flor.

Y cuando llegaba a la plaza, donde estaba la casa de la joven moribunda, por otra calle que daba a la misma plaza llegaba un joven soldado sudoroso, empolvado, jadeante. Era el hermano de la muchacha. No preguntó a nadie: comprendió que era el viático para su hermana.

Yo estaba en el cuarto de la enferma. Y sentí que se abrió bruscamente la puerta de la calle, que alguien de dos saltos subía las escaleras, que corría la cortina... Entró en la habitación el hermano como un loco. Se arrojó sobre la cama de la enferma que estaba casi para entrar en agonía. La cogió violentamente por debajo de los brazos, la levantó, la miró a la cara con una expresión

de infinita angustia y gritó con toda su alma: ¡Hermanita, ahí viene Cristo... dile que te cure!

Mire, usted, señor cura, han pasado desde entonces más de diez años y aún recuerdo con honda emoción aquella escena sublime. Aún parece que está resonando en mis oídos el acento de aquella voz llena de energía, de cariño y de fe.

Cuando oí aquellas palabras, no dudé, estaba seguro que aquella muchacha se curaba. Era imposible que Cristo no oyera aquel grito del alma que tenía solamente confianza en Dios y que creía que solo Él le podía devolver a su hermana del alma.

Y la joven se curó. Yo siempre he creído que aquel fue un milagro admirable que alcanzó la oración de aquel soldado.

Aquel día tuve vergüenza de mí mismo. Me acordé de los años felices en que iba a comulgar y al día siguiente volví a emprender mi camino del comulgatorio, caminito que desde aquel día no he dejado jamás. Y cuando, lleno de imperfecciones, me acerco a comulgar, me acuerdo de aquel soldadito y me digo a mí mismo: "Ahí viene Cristo... dile que te cure, que buena falta te hace..."

Y poco a poco la gracia de Dios me va librando y curando de mis miserias».

Esto contaba aquel médico militar. Sigamos nosotros el ejemplo admirable

de aquel pobre soldado. Enfermo -aunque en gracia de Dios- está nuestro corazón: lo consume la envidia, le asfixia la pereza, le abraza quizá la tentación de la lujuria...

Juntemos los brazos, acerquémonos al comulgatorio, pensando que en aquella blanca Hostia está Jesús, el Cristo que bajó de los cielos para nuestra salvación, y digamos a nosotros mismos: "Alma mía, ahí viene Cristo... Dile que te cure". Y, poco a poco irá curando Él las llagas de nuestra alma.





«El Santísimo Sacramento del Altar es el más excelente de los sacramentos. Los demás sacramentos encierran los dones de Dios, el de la Eucaristía encierra al mismo Dios». (San Alfonso María de Liguorio)

Reinado de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio  www.nseradio.com  www.nsetv.com

TUNE IN


nstvradio
ejercitoblanco


@nseradio
@nsetv


nseradio
nsetv